

ros y gran cantidad de víveres y municiones. Pero Westermann rendido por la fatiga y satisfecho por haber tomado razón de su tardanza, no pudo moverse de Beaupreau y por ella pudieron pasar los vendeanos la Loire por Saint-Florent el día siguiente, —19 de Octubre.

Los generales republicanos pasaron á su vez el río, pero no conociendo las intenciones de Laroche-Jacquelin, dividieron desgraciadamente sus fuerzas para proteger á la vez á Angers y á Nantes. El jefe vendeano pudo así marchar libremente por el camino del Bajo-Maine, en donde esperaba reforzarse. Allí estaban los *chouans* que tomaron el nombre de su jefe, ó de su apodo, Juan Cottreau, alias *Chouette*, famoso contrabandista, que hacían á los pueblos y á los republicanos una verdadera guerra de bandidos.

Laroche-Jacquelin no se equivocó; en Laval en donde entró como triunfador, se le agregaron seis mil hombres.

En Laval alcanzaron los republicanos á los vendeanos, —25 de Octubre.

Combinado el ataque por tres columnas desde las cuales debían hacerlo por una y otra orilla de la Mayenne, Lachelle en el momento de ir á empezar el combate dió contra orden y mandó cargar en masa á sus 20.000 hombres, formando una sola columna y por un solo camino. Kleber que iba á la vanguardia se estrelló en las alturas de Entrames con la masa vandeaana, y su jefe lejos de sostenerle, viendo el disparate que había ordenado, le dejó allí para que saliera del paso como pudiera, pues él con el cuerpo de tropas de Saumur emprendió la retirada. Viéndose los maguntinos abandonados se desbandaron, dejando toda su artillería en manos del enemigo y logrando á penas escapar para reunirse en Lyon d' Angers sobre el Oudon, en donde á grandes gritos pidieron á los representantes del pueblo la destitución de Lechelle; éstos le rogaron que se retirase alegando su falta de salud, y los republicanos se retiraron á Angers para reorganizarse.

Laroche-Jacquelin creyendo su victoria mayor de la que en realidad fué, se paseó por la Bretaña como un triunfador, entrando sin obstáculos en sus principales ciudades y pueblos en los que no dejó de dar espectáculos sangrientos, y por último marchó á Granville, puerto de mar en la Baja Normandía y vecina de la isla de Jersey, en donde los ingleses organizaban una expedición. Puso, en efecto, sitio á la pequeña plaza que se defendió enérgicamente, y duramente escarmentados, al intentar el asalto, —13 y 14 de Noviembre, —levantaron el asedio, y

los vendeanos descorazonados le pidieron á su general que les llevara de nuevo á su país, mientras Laroche-Jacquelin que temía el paso de la Loire y la reorganización de las fuerzas republicanas, se empeñaba en invadir la Normandía. Marchó en efecto á Villedieu, que tomó y saqueó, pero no pudo ir más lejos. Alguno de los vendeanos había tomado el camino de su país y estaba ya en Avranches.

De Avranches pasaron los vendeanos á Dol y aquí fueron de nuevo atacados por los republicanos mandados por... Rossignol. Este era el general que había reemplazado á Lechelle. Kleber estaba sometido á Rossignol y á Westermann. Dos ataques se dieron á Dol, los dos desgraciados, y no hubo más remedio que retroceder á Rennes para rehacerse. El disgusto del ejército hubo de convencer sin duda alguna á Rossignol de su incapacidad; ello es que ofreció su dimisión, y aun cuando no se le aceptó, se encargó por los representantes la dirección de las operaciones á Kleber.

Poseídos los vendeanos de la nostalgia del país no sacaron de los combates de Dol, más ventajas que las de poder retirarse más tranquilamente á su tierra, y cuando ya llegaban á la tierra de promisión se les ocurrió atacar á Angers, en donde fueron rechazados, llegando por un momento á estar entre dos fuegos, pues el 4 de Diciembre comparecieron las tropas de Kleber en auxilio de Angers. Laroche-Jacquelin viendo que no le era posible pasar el río, tomó para el Norte y se fué á Le Mans, en donde entraron como desesperados cometiendo toda clase de excesos.

Dos días después, el 12 de Diciembre, los republicanos estaban sobre Le Mans, mandados por Marceau; Kleber mismo indicó su nombramiento al comité. La toma de Le Mans fué una simple operación de su vanguardia y la obra de la impetuosidad de Westermann que no quiso esperar á Kleber. Sin embargo, fué necesario que éste se arrojase á la bayoneta al día siguiente por las calles de la ciudad para completar la conquista.

Quince mil hombres, según los vendeanos, dejaron de los suyos en Le Mans, y los que escaparon no pudieron hacer mas que volver á Laval, alejándose cada vez más de la Loire, pero la desesperación les dió fuerzas; ganaron dos marchas á sus enemigos y volviendo la cabeza de sus columnas al Sud, en dos días se pusieron en Ancenis sobre la Loire.

Pero los de Nantes habían hecho retirar todas los barcos del río, y los vendeanos tuvieron que intentar el paso por medio de balsas que construyeron

á toda prisa. Laroche-Jacquelin viendo en aquel momento del otro lado del río unas grandes barcas, fué de los primeros en ensayarlo para apoderarse de ellas, pero á penas estaba del otro lado cuando aparecen los republicanos de Nantes y una cañonera que los pone á todos en dispersión, yendo á parar de aquí para allá á Savenay, en donde los alcanzó Marceau destruyéndolos totalmente, el 28 de Diciembre, el mismo día que otro general de su edad, Hoche, arrojaba de la Alsacia á los alemanes. La gran guerra de la Vendée había terminado. Desde este momento dejaba de ser un peligro para la república.

Mientras Marceau y Kleber adquirían gloriosa fama en la vecindad, en Nantes la adquiría horrible aquel convencional de que hemos hecho mención al hablar de la retirada de los que tan dignamente cumplían con su misión, Carrier.

Hubo para Nantes un momento terrible. Cuando vió á los vendeanos pasar la Loire y derrotar á los vendeanos en Laval, creyóse allí que era inminente un desembarco de ingleses, en cuya idea mantenía á los montañeses la no disimulada alegría de los realistas nanteses y los rumores que intencionadamente hacía circular su comité, rumores que penetrando á través de las rejas de las cárceles llenas de vendeanos prisioneros daban por resultado que en las mismas cárceles no se hablara sino de represalias y de venganzas.

Carrier en Nantes, en medio de todos esos peligros reales é imaginarios perdió la cabeza y se convirtió en un verdadero monomaniaco, destruir ó ser destruído, hé aquí el dilema que se planteó y á cuya solución se entregó en cuerpo y alma, el feo y repugnante procurador que Aurillac mandó á la Convención.

Auxiliado por el implacable Francastel que luego ejerció de Carrier en Angers, instituyó en Nantes una comisión militar que en seis meses de 800 acusados condenó á muerte á 230. La comisión, como se ve, operaba lentamente, y en un país en plena y cruel guerra civil, no era cruel en demasía. Así Carrier resolvió adelantarse y el 7 de Noviembre vió el primero de sus crímenes. Noventa sacerdotes refractarios estaban detenidos en un viejo pontón en medio del río para su seguridad. Carrier hizo abrir de noche una compuerta para que entrara el agua y aquellos infelices perecieron sin escapar uno.

Como siempre es el primer paso el más difícil, Carrier y sus amigos de Nantes echaron mano en 192 de sus conciudadanos por realistas, cuando no eran más que girondinos, y aun cuando al enviarlos

á París fué con la idea de alimentar «la santa guillotina» fuera de los veintidos que perecieron por el camino á consecuencia de los malos tratamientos que recibían, los otros 110 pudieron volver á sus hogares después del terror por haber tenido quienes hicieron arrastrar su proceso.

Pero llegó la noticia del ataque de Angers y á la vez se esparció el rumor de un complot tramado en las cárceles de Nantes y ya tuvo bastante Carrier para pedir que se fusilara en masa á los prisioneros, pero ante la negativa de las autoridades militares de tomar parte en tales asesinatos, Carrier, á quien no se pudo convencer de la atrocidad que proyectaba, resolvió ahogar sus prisioneros en el río. Dos mil hombres perecieron de esta suerte. Pero los crímenes aumentaron con la impunidad. Después de la destrucción de los vendeanos en Savenay, Nantes estaba llena de prisioneros y de desdichados de todas edades y sexos que pedían misericordia á la ciudad, pues en sus correrías los vendeanos se llevaban á sus mujeres y á sus niños para que participasen del botín, por lo mismo que más de una vez participaron del combate, y no debe olvidarse que si París tuvo sus furias de la guillotina, la Vendée realista tuvo sus furias de los fusilamientos. Esto lo tenía presente Carrier, y se propuso vengar á los fusilados en aquella infeliz muchedumbre cuando hasta el más feroz de los miembros del comité de Nantes, Goullin, pedía para ellos la amnistía.

Carrier pudo en este momento disponer de un consejo de guerra embriagado por los humos de la victoria que en tres días condenó á muerte á 660 de los prisioneros de Savenay, y ya en Nantes en pocos días condenó á morir á 2.000 hombres de igual procedencia y á un centenar de mujeres, á quienes se sacrificaba sin piedad al pié de las rocas de los Gigantes, arcabuceados por los desertores alemanes. Pero esto era poco para Carrier y menos expeditivo que los baños en la Loire, así quiso volver el feroz representante á su primitivo sistema, con lo que logró exaltar hasta el mismo consejo de guerra que no dejó de comprender muy pronto todo el daño que Carrier hacía á la pacificación de la Vendée, pues cuando ésta parecía probable sus barbaridades exaltaron el país y volvió á recrudecer la guerra más implacable que nunca. Carrier no fué llamado á París hasta Febrero de 1794.

Francastel en Angers había secundado admirablemente á Carrier. El consejo de guerra dictó mil ciento cincuenta y ocho condenas de muerte, y las cárceles de Angers vieron las mismas miserias y los mismos horrores que las de Nantes.

En «la única frontera en que no se había concluido la campaña de una manera gloriosa para las armas de la república, dice Thiers, era en la frontera de España.»

Reinaba en España desde el 23 de Diciembre de 1788 Carlos IV, que heredaba la corona á la edad de 40 años, cuando la razón y la experiencia pueden marchar de consuno, y como conservara desde luego á su lado al conde de Floridablanca, todo el mundo creyó que el hombre que hasta en-

tonces se había conocido como un príncipe bueno y recto había de ser un buen rey. Esta creencia se fué arraigando al ver que se continuaba el plan de Floridablanca en favor de la desamortización de la propiedad y á la acumulación de bienes en manos lo mismo eclesiásticas y civiles, poniendo fuertes trabas á la fundación de mayorazgos, no autorizando más que los que pudieran contar tres mil ducados de renta, pues decía el ministro en el real decreto de 28 de Abril y cédula del 14 de Mayo



GENZONNÉ

de 1789 «las pequeñas vinculaciones hacen á sus poseedores holgazanes y soberbios, y además privan al ejército, á la agricultura, al comercio y á las artes de muchos brazos útiles.»

Otra de las preocupaciones de Floridablanca era fomentar la marina, en lo que le ayudaba el baylío Antonio Valdes, ministro de marina.

Siendo necesarias las cortes para la jura del sucesor convocáronse éstas el 30 de Mayo, señalando para su reunión el 23 de Setiembre, y en la convocatoria se decía que los diputados trajeran poderes amplios y bastantes «para tratar, entender, practicar, otorgar y concluir por autos otros negocios, si se propusiesen y pareciese conveniente resolver, acordar y convenir para los efectos referidos.» Esto pedía el gobierno porque quería variar el auto acordado de Felipe V que varió la forma de sucesión al trono por contrario á las antiguas leyes del reino, y en efecto, el 30 de Setiembre, Campomanes, presi-

dente del Consejo y de las cortes previo juramento tomado á los diputados de no revelar nada de lo que se tratase en cortes hasta haber terminado sus tareas, pidió la anulación de dicho auto, y la vuelta á la antigua costumbre que permitía á las hembras heredar el trono si les correspondía por ser de mejor línea y grado y esto se acordó por unanimidad y aprobó el rey, reservándose publicar al efecto la pragmática sanción que había de convertir lo acordado en ley del reino para cuando le pareciera conveniente. Las cortes, después de ocuparse de algunas medidas económicas, dieron por terminar sus sesiones y regresaron á sus casas. Esto eran las cortes españolas en vísperas de abrirse en Francia los *Estados generales*.

El sígilo con que se llevó la restauración de la antigua ley española de sucesión al trono, dicese que fué debida, á que, temiéndose Carlos IV no tener sucesión de varón, se disponían las cosas para

que la infanta Carlota casara con Juan príncipe del Brasil destinados en dicho caso á ser un día reyes de España y Portugal. Además Felipe V en dicho auto había prevenido que sus sucesores fueran príncipes nacidos y criados en España, y como él lo había sido en Nápoles, aunque nadie promovía sobre el particular obstáculo alguno, como si se leyera en el porvenir, se quiso establecer sólidamente la situación del rey aboliendo el auto de 1713. Sin embargo, cuando las cortes aprobaron la abolición de la ley Sálica, Carlos IV tenía tres hijos varones,

Fernando, Carlos María Isidoro, y Francisco de Paula, pero como habían fallecido otros hijos varones anteriores á éstos, se temía que ninguno sobreviviera á las hembras.

Además para obrar como se obró había la razón de ver lo que pasaría en los *Estados generales* de Francia. En efecto, en éstos al declarar una vez más que los borbones de Francia ocupaban el trono por vía de herencia legítima, se leyó la renuncia de Felipe V al trono de Francia, y los *Estados generales* le añadieron estas palabras: «Sin prejuzgar cosa alguna



GENERAL DE VALENCE

acerca del valor de las renunciaciones.» Es decir que como para Francia se temía algo parecido á España se creyó conveniente tener oculta una medida que podía ser desagradable á Francia y destruir los beneficios que se podían esperar de ciertas eventualidades.

Parecía la Revolución francesa que había de ejercer saludable influencia teniendo como tenía al frente del gobierno un hombre tan liberal como Floridablanca, pero éste era un hombre de su tiempo y no un hombre del porvenir. Todo lo que se podía ser liberal dentro de la monarquía absoluta lo era el conde, pero un liberal de los de la nueva escuela, un constitucional, esto no podía serlo Floridablanca. Luego su ánimo apocado le hizo ver con horror los primeros excesos de la Revolución francesa; creía que la sociedad había de hundirse con tantas innovaciones y la anarquía que en Francia

iba creciendo cada día como la marea le asustó tanto que resolvió levantarle invencible dique en las fronteras haciendo una verdadera inquisición con los hombres y papeles que procedentes de Francia quisieran traspasarla, y como si esto no fuera bastante por cédula de 20 de Julio de 1791 se mandó matricular á todos los extranjeros que hubiera en el reino, y lo que era más grave, al que quisiera continuar en España le imponía la obligación de jurar fidelidad á la religión católica, al rey y á las leyes de España, renunciando á todo privilegio de extranjería.

La corte española, como la de Austria, Rusia y Prusia se agarró á aquella singular idea de rechazar cuanto legitimaba ó sancionaba Luis XVI de la obra revolucionaria, negando que tuviera valor alguno la sanción del rey por lo mismo que no tenía libertad, y en esto se anduvo tan lejos, de lengua,